

CAPÍTULO V

La *Reina María Isabel* continúa su navegación hacia Talcahuano. - El virreinato del Perú. - La Marina en el Pacífico: su papel dominante. - El virrey Fernando de Abascal. - Su sucesor, Joaquín de la Pezuela y los enfrentamientos con el general de la Serna. - Toma de Salta. - San Martín y la victoria de Chacabuco. - El brigadier Osorio y la expedición de la *Esmeralda*. - Críticas unánimes a su designación para el mando de una División. - Opiniones de Clonard. - Imprudencia de Osorio: su avance hacia Santiago. - Éxito en Cancharrayada y fracaso en Maipú. - Triste final de los prisioneros españoles en esta derrota. - Osorio regresa a Talcahuano, abandonando su defensa para embarcarse hacia El Callao. - El coronel Sánchez. - Llegada de la *Reina María Isabel*. - Preparativos chilenos para formar una escuadra. - Manuel Blanco Encalada y su paso por la Escuela Naval de San Fernando. - Su desertión y su valor en el combate. - Nombramiento de Comandante General de Marina en Valparaíso. - Llegada y apresamiento de la *Reina María Isabel* en Talcahuano. - Blanco Encalada expresa su admiración por la fragata capturada. - Exposición chilena. - Versiones españolas.

Octubre tocaba a su final: meses atrás la *Reina María Isabel* navegaba rumbo a Chile y el Perú, desconocedora de la sublevación que había estallado en la *Santísima Trinidad* y de las muy trascendentales repercusiones que su apresamiento iba causar a nuestra debilitada Marina. Su pérdida, conmocionó a toda la nación, como no tardaremos en comprobar. Conveniente es que conozcamos de antemano algunos aspectos de la vida en el virreinato del Perú, cuya influencia adquiere durante los dos últimos lustros de dominación española, caracteres excepcionales, al tratarse del centro neurálgico de operaciones militares terrestres y marítimas; sin desdeñar su trascendencia económica de vital importancia para el reino de España. Así se explica la inusitada preocupación que producía en la Corte de Madrid todo lo que afectaba a la costa hispano-americana del Pacífico.

Dentro de este virreinato se encuadraba el territorio de la actual Chile, cuya pertenencia se juzgaba de trascendental interés para la metrópoli. Sus excelentes puertos naturales, regalo de un ciclópea orografía, estaban reputados como verdaderos puntos estratégicos, de fácil defensa, desde donde era posible —siempre que se contase con una Marina superior, capaz de disuadir con sus cañones al enemigo— hacer llegar, en corto espacio de tiempo, barcos, hombres y material, a

cualquier otro punto de la costa, sea para defenderse de ataques por mar o tierra, sea para transportar a tierra firme tropas capacitadas para acudir en socorro de otras unidades ubicadas, en mayor o menor proximidad del mar.

Entre los numerosos refugios marítimos, destacaban tres por su inmejorable situación: Valparaíso, Valdivia y Talcahuano, todos objeto de disputas cuyo premio era obtener su posesión.

Justamente el apresamiento del *Reina María Isabel* en aguas de este último puerto, llevaría la inquietud a todo el territorio nacional, sembrando la alarma y el desconcierto. Una vez Talcahuano en poder de los patriotas, sin barcos dueños del mar, la ruta Cádiz. El Callao, había firmado su partida de defunción y con ella la llegada de hombres, material y barcos. La falta de visión de los políticos más que la de posibilidades económicas, cerró el paso a una –forzoso es reconocerlo– hipotética recuperación de los territorios perdidos.

Permanecía todavía en pie, aunque tambaleante, la posibilidad de hacer llegar a las costas venezolanas las expediciones provenientes de la Península; eventualidad cada vez más remota, costosa –conllevaba traslados de los combatientes a sus nuevas y lejanas unidades– y complicada. Las llamadas Provincias Unidas de Venezuela se hallaban en la fase final de consolidación de la Independencia, imponiendo que la última expedición desde la metrópoli –partida de Cádiz el 1 de octubre de 1817, transportando 800 hombres del II.º Bon. del Rgto. Burgos en 21 buques, convoyados por la fragata de guerra *Descubierta*– tuviera como lugar de arribada la ciudad de Puerto Cabello.

Olvidemos temporalmente a la *Reina María Isabel*; jamás volverá a surcar nuestras aguas, si bien –como se relatará– proseguirá hasta 1826, prestando, con otros nombres y bajo el pliegue de las banderas de dos nacientes repúblicas –Chile y Argentina– sus inestimables servicios y ¡quién lo hubiera pensado al darse a la vela en Cádiz!, ahora contra tropas y barcos de la enseña que todavía ondeaba en su popa.

Abordemos esquemáticamente las condiciones en que se desenvolvía la Marina del Pacífico y la situación del virreinato meses antes de la arribada a Talcahuano de la *Reina María Isabel*, así como las causas que propiciaron su captura por los patriotas.

La contribución de la Marina representó –en la última fase de la emancipación– el factor determinante. En sus tiempos de poderío y dominio del mar, la presencia española estaba asegurada; pero al sentirse abandonada a su suerte, olvidada y su número de embarcaciones reducido hasta cifras meridianamente exiguas, de poco sirvió el coraje, sacrificio y profesionalidad de sus miembros. Con una marina fuerte, protectora del mar, las fuerzas de tierra desempeñarían un importante papel. Sin ella, perecerían.

A mi entender, fue el virreinato del Perú el que más sufrió estas carencias y

deficiencias. Prácticamente independientes sus homónimos de Nueva Granada y del Río de la Plata, llegó a ser una quimera hacer llegar hasta Lima u otros puertos de aquel virreinato, hombres y medios llegados desde la península. El único recurso, dependía de barcos obligados a realizar largas, costosas y peligrosas travesías, tanto por la distancia como por las enfermedades.

En 1815 el teniente general Fernando de Abascal (1743-1827) –“hombre extraordinario, prudente, activo, impasible en medio de las desgracias, político profundo, que parecía regirse por la opinión de los demás cuando realmente la dominaba” (123)– uno de los más prestigiosos virreyes del Perú, dotado de una integridad tan extraordinaria que a su fallecimiento no legó a su hija más que lo estrictamente necesario para vivir y el marquesado de la Concordia, solicitó en reiteradas ocasiones y obtuvo al fin de S.M. el relevo del cargo que venía desempeñando desde 10 años atrás. Nombrado sucesor el teniente general Venegas, declinó el honor, recayendo sobre el del mismo empleo Joaquín de la Pezuela; oficial de reconocido mérito por su prestigio y valor, obtuvo contra los insurrectos varios triunfos, siendo el más sonado el de Viluma, que le valió el título nobiliario del mismo nombre. En julio de 1815, el gobierno lo designó para tan elevado cargo: “adornaban a Pezuela prendas de gran valía, pero acaso no reunía en tan alto grado como su antecesor, aquella suma de fortaleza y perseverancia indispensables para hacer frente a situaciones desesperadas” (124).

El 7 de julio de 1816 se hacía cargo de modo oficial del virreinato. Poco tiempo después llegaba de la Península, para mandar el ejército del Perú, el general de la Serna, “activo, inteligente, pundonoroso, humanitario, amante del soldado hasta el último punto de la disciplina... Pezuela y él son las dos grandes personificaciones del último período de la dominación española en el Perú. ¡Lástima que estuviesen separados por un sentimiento de deplorable rivalidad!” (125).

Una de las primeras medidas que tomó Pezuela fue reforzar el ejército del Perú, enviando allí la mayor parte de las tropas que, procedentes de la Península, habían desembarcado en fecha reciente: un total de 1.200 hombres del regimiento de “Voluntarios de Cataluña y de Gerona”. Al tropezar con casi insalvables dificultades económicas para hacerlos llegar a sus puntos de destino, se vio obligado a contraer empréstitos, aceptándose incluso –para engrosar un donativo general en el Perú– alhajas de señoras.

Era costumbre de los virreyes, al tomar posesión del cargo, dictar un bando llamado de “buen gobierno”, orientado a dar normas de comportamiento y moral. El expedido por Pezuela contenía 44 arts., entre los que entresaco dos que ponen

(123) CLONARD: Opus cit., tomo VII, p. 73.

(124) Opus cit., p. 95.

(125) Opus cit., p. 96.

de manifiesto lo trasnochadores que eran los peruanos y la escasa fidelidad que guardaban a sus esposas: "... que nadie lleve de noche mujer a caballo montada delante de la silla y abrazada, so pena de cuatro meses trabajando en obras públicas y pérdida de bestias y montura". El 44 decía así: "... se manda a los casados... se restituyan a los domicilios de sus mujeres propias, y si no lo hacen en tres días, sean arrestados" (126).



Vista de la ciudad de Lima (Perú) desde las inmediaciones de la Plaza de Toros, (Museo Naval, Madrid, sig. 2.995).

Reorganizado el ejército realista, creyó Pezuela llegado el momento de intentar pasar a la ofensiva en Salta, tropezando con los planes de Serna, que consideraba poco prudente dejar desguarnecida la región del norte. Por razones de disciplina y ordenanza se impuso el criterio del primero. Serna, al frente de tres mil infantes inició la marcha comprobando con preocupación como, a medida que avanzaba, se desmembraban sus unidades, obligadas a guarnecer puntos importantes. La situación empeoró por causa de desertiones en gran escala y "hasta las mujeres se confabularon para debilitar a las fuerzas, pues las de Jujui, trabajaban de todos modos contra los españoles y seducían a los soldados, por lo cual Serna hizo prender a las más tildadas de dedicarse a tan poco moral ocupación" (127).

(126) *Historia de América, su colonización, dominación e Independencia*. Montaner y Simón editores. Barcelona, 1896, tomo III, p. 197.

(127) *Opus cit.*, p. 201.

Grandes dificultades causó la toma de Salta; tras tenaces combates los realistas se posesionaron de ella. Triunfo de escaso valor; en el fondo el objeto principal de la progresiva marcha era favorecer y enlazar con las tropas que en Chile sostenían un duro empeño para defender la menguante autoridad española. Sin embargo, después de la significativa victoria de San Martín en Chacabuco y del apoteósico recibimiento tributado en Santiago, el mando realista estimó conveniente interrumpir el avance en auxilio del virreinato de La Plata. La mayor parte de las tropas que permanecían en la que había sido capitanía general de Chile, cesaron en su resistencia, concentrándose ésta en el puerto de Talcahuano, provincia de la Concepción, “cuya guarnición, al mando del brigadier Ordóñez, resistió con gloria el apretado sitio que le hicieron los generales O’Higgins y de las Heras, rechazando su obstinado asalto” (128); a pesar de haber participado en él, tras el relevo de los dos últimos citados, el teniente general y Par de Francia, Miguel Brayer, un veterano de las campañas napoleónicas, manteniendo el asedio nueve infructuosos meses.

Dispuesto Pezuela a recuperar Chile, ordenó organizar una División, con las tropas llegadas de Cádiz en la expedición apoyada por la fragata *Esmeralda* y pequeños refuerzos, designando para el mando a su yerno el brigadier Mariano Osorio.

Pezuela actuó con gran decisión y coraje ante una situación que llegó a ser crítica, pues debía comprometerse en la guerra del Alto Perú, contener el avance de los chilenos –resueltos a enviar al Perú una expedición para la que se agenciaron tropas y barcos– y sofocar el espíritu de insurrección que de forma acelerada se apoderaba del ánimo de los habitantes del virreinato. Y, por si estas dificultades no fueran pocas, sus tropas –con los generales al frente– se habían escindido en dos bandos irreconciliables: liberales y absolutistas. La discordia entre los militares prendió también en la sociedad civil, formándose en Lima dos partidos enfrentados, fomentando los constitucionalistas la animosidad contra el virrey.

La designación del brigadier Osorio como mando superior de la expedición encargada de recuperar Chile ha sido criticada con rara unanimidad. Fernández Duro se expresa así: “... organizando una expedición de más de 3.000 veteranos..., fuerza europea apta para cualquier empuje, a tener buena cabeza, que no la tuvo, habiendo elegido a su yerno Osorio, sí afortunado en la campaña del 14 [derrotó en Roncagua, 1 y 2 de octubre, a los generales Carreras y O’Higgins, apoderándose de inmediato de Santiago de Chile, cuyo resultado inmediato fue la pacificación del Perú], jefe a quién el concepto público, por desgracia comprobado, no concedía las cualidades requeridas para tan importante empresa” (129).

(128) GUIU MARTÍ, Estanislao: *El año militar. Revista científico-militar*. Barcelona, 1887, p. 14.

(129) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Opus cit.*, p. 183.

Por su parte el conde de Clonard, comenta así la designación de Osorio: “no se consideraba la reputación de Osorio al nivel de la empresa que se le había confiado y los más suspicaces entre los españoles creyeron reconocer en este nombramiento, el sello del favoritismo injustificable. Desgraciadamente la experiencia vino a justificar tales suspicacias... aunque no parecía verosímil que Pezuela al acometer misión tan ardua y delicada a la que estaba íntimamente enlazada su honra, reconociese otro móvil que el interés de la causa que defendía... Lo cierto es que Osorio se mostró intempestivamente audaz y circunspecto cuando las circunstancias aconsejaban el opuesto uso de estas cualidades” (130).

El reducido ejército fue organizado en Lima, embarcando en El Callao: “El 10 del corriente salieron los buques siguientes con cerca de 4.000 hombres al mando del brigadier Osorio para la reconquista del reino de Chile: fragata de guerra, la *Esmeralda*, con 300 hombres, fragata mercante *Milagro*, con 540” (131), y así hasta completar los 10 barcos y un total de 3.600 hombres. Para alcanzar esta modesta cifra fue preciso contar con tropa de 11 unidades distintas, entre ellas tres procedentes de las que embarcaron en Cádiz el 6 de mayo de 1817.

Llegado el convoy a Talcahuano el 20 de enero, se le agregaron tropas de la guarnición hasta completar 5.000 hombres. “Los sitiadores, al ver el aspecto de nuestras tropas, levantaron el campo y se replegaron en buen orden hasta la vecina Talca, para ponerse en contacto con el general San Martín” (132).

La prudencia aconsejaba a Osorio permanecer en Talcahuano esperando la llegada de la expedición de la *Reina María Isabel*, cuya noticia estaba confirmada en Lima, pero, harto confiado, sin comprender la astucia de sus adversarios, apenas desembarcado avanzó con resolución hacia Santiago, vadeando el caudaloso Maule, que separa las provincias de Santiago y la Concepción, animado por la retirada de Brayer, tras haber ordenado al capitán de fragata Luis Coig, comandante de la *Esmeralda* hacerse a la mar para bloquear Valparaíso auxiliado por el bergantín *Pezuela*.

Rebasado el Maule se aproximan a la llanura de Cancharrayada, alejándose cada vez más de su verdadera base de operaciones, aventurándose camino de la capital chilena. En aquélla le esperan O’Higgins y las Heras con sus tropas, distando ambos contendientes cerca de una legua y maniobrando el uno a la vista del otro. Osorio tiene noticias de que el ejército enemigo cuenta con fuerzas muy superiores a las suyas: 7.000 infantes y 1.500 caballos con 30 piezas de artillería; efectivos muy superiores a los españoles y además enardecidos por la gran victoria de Chacabuco.

La acusada desigualdad causó preocupación en el ánimo de Osorio. ¿Qué

(130) CLONARD: Opus cit., tomo VII, p. 98.

(131) *Gaceta de Madrid*. N.º 72 de 16/06/1.818.

(132) CLONARD: Opus cit., tomo VII, p. 99.

solución dar a tan comprometida situación? Empeñarse en un combate equivalía a correr la peor de las suertes. Empezar la retirada vaticinaba un suicidio teniendo a la espalda un ancho río y sintiéndose acosados por un enemigo muy superior. Ante tan angustiada situación convocó el brigadier una junta de jefes, acordando atacar a los rivales aquella misma noche, según el parecer de Ordóñez, quien ordena formar tres columnas, recayendo el mando de la situada a la derecha en el jefe de Estado Mayor coronel Primo de Rivera, la de la izquierda, en el teniente coronel de la Torre, reservándose Ordóñez la del centro.

Efectuados los preparativos, cayeron por la noche sobre un enemigo valeroso en extremo, pero desconcertado por tan inesperado e impetuoso ataque, cediendo terreno ante el ímpetu realista, abandonando el 19 de marzo armas y municiones. En el ampuloso lenguaje de los vencedores de la época, la *Gaceta de Madrid*, n.º 117, de 23 de octubre de 1818, da cuenta de la victoria: "... el fruto de esta memorable jornada consiste en 28 piezas de artillería, más de 600 cajas de munición de todas armas, sus víveres y equipajes, correspondencia ... También fueron presa nuestra las más de las banderas ... el número de muertos ha sido crecidísimo y se han presentado muchos insurgentes ... y en los tres días que estamos aquí ya se han agregado 80 ... siendo los más prisioneros de nuestro ejército en Chacabuco, a casi todos los cuales forzaron a tomar las armas".

Al triunfo le sucede lo inesperado; la lógica y las enseñanzas militares imponían a Osorio, de inmediato, perseguir sin descanso al adversario hasta arrojarlo fuera de Chile, pero, en contra del parecer de Ordóñez —desgraciadamente eran rivales— sus fuerzas permanecieron inactivas en Talca 8 ó 9 días, concediendo un tiempo precioso a los hombres de San Martín para reorganizarse. Al fin decide Osorio proseguir la marcha, levantando el campo y dirigiéndose a Santiago: "la demora de Osorio y sus desavenencias con Ordóñez favorecieron a sus contrarios, quienes, lograron reunir unos 5.000 hombres" (133).

Camino de la capital encuentran formadas en los llanos de Maipó —otros historiadores escriben Maypú— a las tropas, en muy superior número, del general San Martín. Una hora fue suficiente —a pesar de la bravura que derrocharon las unidades— para que nuestro ejército sufriese un verdadero descalabro, dejando en el campo de batalla 2.000 muertos o heridos y 3.500 prisioneros.

El bravo Ordóñez se retiró, con sus unidades, hasta la "Hacienda del Espejo", para —machacadas sus posiciones por la artillería enemiga— con la mayor parte de sus tropas verse forzado a la rendición. Con la aplastante victoria de los patriotas queda definitivamente consolidada —si bien no todavía de modo formal— la independencia de Chile.

(133) BALLESTEROS Y BERETTA, ANTONIO: *Historia de España y su influencia en la historia universal*. Salvat editores, Barcelona 1934, tomo VII, p. 411.

Osorio y escasos efectivos –se dice su escolta– “con señas de celeridad de fugitivo, se salvó casi de milagro, llegando con grandes dificultades a Talcahuano”. El mismo autor de esta frase, añade: “en gran parte la derrota es imputable a la inoperancia de Osorio; basta recordar la frase de San Martín antes de comenzar la pelea, cuando Osorio desarrollaba una marcha de circunvalación por el flanco del ejército de los patriotas: “Osorio es más inepto de lo que yo pensaba. El sol que comienza a asomar en la cordillera, va a ser testigo de nuestra victoria” (134).



Es posible que alguien se formule esta pregunta: ¿Qué sucedió con los prisioneros tomados por los patriotas en Maipú? Hasta nosotros ha llegado –entre las de otros muchos valientes– la triste suerte del brigadier Ordóñez y del coronel Joaquín Primo de Rivera.

Los cautivos de Maipó fueron trasladados y confinados en el desierto de San Luis (Buenos Aires), “donde eran tratados con la mayor inhumanidad por el gobernador de dicho punto Dupuy, francés de nación, y por su segundo el criollo Monteagudo, hombre no menos cruel. No pudiendo sobrellevar por más tiempo tan triste situación, formaron el proyecto de evadirse, señalando el aciago día 8 de febrero para dar el golpe. A las siete de la mañana de dicho día, dividida la fuerza en tres pelotones, se dirigió el primero a forzar la puerta de la cárcel donde se hallaban 53 soldados prisioneros; otra partida debía apoderarse del cuartel y de las armas que allí se custodiaban, y el tercer grupo debía proceder a la captura de Monteagudo. Mas, desgraciadamente, fracasó la empresa, y aquellos desdichados encontraron en la muerte el término de sus sufrimientos al querer recobrar la libertad, pues unos perecieron en la tentativa de evasión, otros fueron asesinados, alguno se suicidó de un pistoletazo viendo la suerte que le aguardaba, y los demás fueron fusilados”. Entre las víctimas sacrificadas se encontraban el brigadier Don José Ordóñez y el coronel Don Joaquín Primo de Rivera. “En total, un brigadier, tres coroneles, un intendente, un comisario, dos tenientes coroneles, nueve capitanes, cinco tenientes, siete alféreces, un sargento, dos soldados y diez paisanos” (135).

Dolorosa impresión causó en el ánimo del virrey la noticia del desastre de Maipó –humanamente pesarían, y no poco, razones de tipo familiar– intentando

(134) Opus cit., p. 411.

(135) *Guru*: Opus cit p. 371.

por todos los medios acudir en ayuda de las tropas de su yerno, pero, limitándose, por imposibilidad material, a enviarle refuerzos de tropas. Desde El Callao despachó, el 23 de junio, la fragata *Presidenta*, con armamento, víveres y una reducida ayuda económica, en espera que la anunciada expedición del *Reina María Isabel* alcanzase las costas chilenas. En el interín Osorio se esforzó en agrupar las tropas de la provincia de Concepción, con el propósito de hacerse fuerte y rechazar los ataques insurgentes, valiéndose de la ayuda de barcos surtos en la bahía de Talcahuano, cuyo mando ejercía el ya citado capitán de fragata Luis Coig, comandante de la *Esmeralda*.

Pasadas unas semanas sin recibirse en Lima noticias de la expedición partida de Cádiz el 21 de mayo, conocidos los proyectos del gobierno chileno contra ella y la creación de una escuadra para llevar la guerra a lo largo de toda la costa del virreinato, consideraron los realistas que para acudir en defensa del Perú, lo más acertado era evacuar la provincia de Concepción, dejando únicamente reducidas tropas en torno a las cuales imaginaban concentrarían los patriotas su atención. Estas consideraciones del virrey fueron debatidas en una "junta de guerra", en Talcahuano, poniendo a votación la retirada a El Callao. La junta en la que participaron asimismo el gobernador del puerto y los comandantes de tres barcos de guerra, celebrada el 25 de agosto, con discrepancia de pocos votos, dejó al arbitrio del brigadier Osorio determinar el momento oportuno de evacuación, que éste decidió. "Allí se fue Osorio, abandonando la empresa que se le había confiado, el reino de Chile y los intereses de la nación, sin que al juicio público satisficiera las razones de su alegato, quizás por la grave trascendencia que su resolución tuvo" (136).

Severamente añade Fernández Duro: "no pesó en el ánimo ni en el de la mayoría de los jefes, por lo visto, la disposición y fortaleza del lugar... como tampoco la consideración de estar en el mar, y próxima a llegar a aquel puerto, la expedición militar que había salido de España" (137).

Creo que más grave y sobre todo, como comprobaremos, más comprometedora para la llegada del *Reina María Isabel*, fue la decisión de destruir las baterías, dismantelar la plaza, y llevarse los cañones y pertrechos. Él mismo, con su estado mayor y 700 hombres de tropa embarcó el 7 de septiembre, "dejando en la Concepción al coronel Don Francisco Sánchez, con 1.500 hombres de todas armas sacados de los cuerpos del país". Para todo ello "estaba facultado por las instrucciones de campaña del virrey; así que éste dio completa aprobación a lo ejecutado" (138).

(136) FERNÁNDEZ DURO, C.: p. 186.

(137) *Ibidem*.

(138) FERNÁNDEZ DURO, C.: p. 80.

Quince días después Osorio y sus hombres ponían los pies en el muelle del Callao. En Talcahuano quedaba un desvalido coronel Sánchez.

Conocida en Santiago la noticia de la próxima llegada de la *Reina María Isabel* a las costas chilenas, incrementaron los patriotas sus preparativos navales que, por cierto, ya arrancaban de tiempos atrás, conscientes de que los logros de las fuerzas a pie, resultarían baldíos si no poseían el dominio del mar. Hacerse con una escuadra de superior potencia a la española llegó a ser una exigencia imperiosa y a ella se entregaron considerando que todo sacrificio era pequeño en comparación con el objetivo perseguido: “a los patriotas chilenos no ofuscó la satisfacción del triunfo en las batallas terrestres, ni el reconocimiento de su pobreza y falta de recursos” (139). En opinión de Fuenzalida: “España aún se hallaba asentada (1818) en Chiloé, Valdivia y Talcahuano, y el virrey del Perú era todavía poderoso en el Pacífico. Se hacía pues necesario contar con una competente escuadra para evitar que tropas provenientes de la península pudiesen expedicionar nuevamente a Chile y reforzar con ellas las que restaban aún en el país”, y todo ello pese a que: “el erario estaba exhausto y las fortunas particulares arruinadas con las exigencias y desastres de una larga guerra” (140).

Una vez lograda la victoria de Chacabuco, Chile era poseedora de una incipiente marina; meses atrás había comisionado a Londres y Washington agentes con órdenes de contratar y adquirir –siendo prioritaria la rapidez– al costo que fuese, barcos, oficiales y suboficiales con la ineludible exigencia de ser de probada competencia. Tanto fue la actividad y el celo desarrollados, que en septiembre del 18 contaban ya con 5 barcos. El primero en llegar fue el *Windham*, uno de los buques nombrados, en general, *Indiaman* –voz que nuestros marineros, imagino que en una variante por corrupción, transformaron en *Inchiman*– cuyo nombre cambiaron de inmediato por el *Lautaro*, en recuerdo a la logia gaditana.

En el verano del 18, la marina chilena podía envanecerse –considerando el gigantesco esfuerzo realizado– de poseer, además de este último, la fragata *Chacabuco*, los bergantines *Araucano* y *Galvarino*, el navío *San Martín* y el *Pueyrredon* –antigua nave española– primera captura de los chilenos. El mando de esta flota recayó, inicialmente, en un marino muy vinculado a España: Manuel Blanco Encalada. Nacido en Buenos Aires en 1790, chileno de adopción, hijo del oidor Blanco Cicerón y de la chilena Mercedes Encalada, realizó sus primeros estudios en Madrid, a donde llegó cuando contaba once años. En 1806 sentó plaza como guardiamarina en la Escuela Naval de la isla de León (desde 1810 San Fernando). El 20 de agosto de 1808, en nombre del Rey, la Suprema Junta del Gobierno de Sevilla: “atendiendo a lo bien que ha servido el Guardia Marina de

(139) Opus cit., p. 184.

(140) Opus cit., p. 70.

mi Real Armada Don Manuel Blanco Encalada y a que lo continuará con el mismo zelo, he tenido a bien nombrarlo alférez de fragata” (141).

En el período de la Guerra de la Independencia comprendido entre 1808 y 1811, fue puesto al frente de las lanchas cañoneras del fondeadero de Cádiz. En noviembre del último: “... El alférez de fragata don Manuel Blanco y Encalada me ha presentado la adjunta instancia en solicitud de licencia absoluta para poder pasar a Santiago de Chile...”. El capitán general del departamento de Cádiz, la devuelve con esta nota marginal: “... Como puede haber procedido el alférez de fragata Blanco Encalada en solicitud que comprende la instancia que V.E. me dirige... sin conocimiento del estado de la provincia de Chile, para donde pide licencia absoluta, la devuelvo a V.E. para que reconviniendo al interesado pueda proceder con mejor acomodo, seguro de que en las actuales circunstancias no puede dejar de ser del desagrado del consejo de regencia semejante resolución”.

A pesar de la desalentadora respuesta y del “tirón de orejas”, meses después logra ser destinado a la *Flora* para servir con posterioridad como ayudante de la Comandancia del Apostadero de El Callao. En esta época, el proceso emancipador se hallaba en plena efervescencia, por lo que, el virrey del Perú, Abascal, a quien sus servicios de información debieron alertar por las relaciones que la familia de Blanco mantenía con los disidentes, consiguió fuese de nuevo devuelto a Cádiz, encargándose, por segunda vez, de las lanchas cañoneras. Sin embargo –resuelto a regresar a América– se hallaba a primeros de 1812 a bordo de la *Paloma* operando en aguas del río de La Plata, para seguidamente embarcar en el paquebot *Casilda* en Montevideo, desde la cual, el 29 de septiembre, el comandante general de Marina del Apostadero remite este parte: “el alférez de fragata don Manuel Blanco, embarcado de dotación en el paquebot *Casilda*, según parte verbal que me dio su comandante, con fecha 13 del que corre, faltó dicho día a la guardia, y por más diligencias que he mandado practicar para indagar su paradero, no he podido adquirir la menor noticia de él, y creo positivamente se ha pasado a Buenos Aires donde reside su señora madre y hermanos; lo que... - Miguel de la Sierra. - Excmo. Sr. secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina” (142).

Desde la Argentina pasó a Chile ofreciendo –como chileno– sus servicios al Gobierno, obteniendo el nombramiento de capitán de artillería por sus conocimientos adquiridos en Cádiz al frente de las lanchas cañoneras. Consumado el desastre de Roncagua, cayó prisionero del coronel Elorriaga; deportado a la isla de Juan Fernández, obtuvo la libertad tras la victoria de Chacabuco.

Valiente marino-militar participó activamente en las batallas de Cancharra-

(141) A. G. de M. Cuerpo General. Legajo 620/150.

(142) *Ibidem*.

yada y Maypú “donde hizo prodigios de valor, sentando reputación de valiente y experto jefe, cuya serenidad en el peligro era proverbial. Con tales antecedentes, fijaron en él la atención del director supremo O’Higgins para que atendiese los problemas de la primera flota en formación” (143). En junio, el Gobierno decretaba el establecimiento en Valparaíso de la Comandancia General de Marina, cuyo mando recayó en el antiguo alférez de fragata en Cádiz.

El 30 de agosto se aprestaba la escuadra chilena para salir al encuentro del convoy que se suponía próximo al cabo de Hornos. Anteriormente el Gobierno tuvo que cortar de raíz las rivalidades surgidas entre tripulantes de distintas nacionalidades; algunos ingleses, engreídos por lo que ellos consideraban importantes servicios, menospreciaban a los chilenos, afanados, por primera vez, en prácticas marinas. Asimismo, el de la misma nacionalidad, jefe de la flotilla y comandante de la *Lautaro* Higginson, disconforme con el nombramiento de Blanco, acabó insubordinándose. O’Higgins lo mandó relevar, le concedió el retiro, confirmando el mando a Blanco como jefe de la escuadra y comandante de aquel buque.

En los primeros días de octubre se dieron por concluidos los trabajos preparatorios y los barcos estaban listos para hacerse a la mar, quedando fijada la fecha para el día 10 desde Valparaíso. Desde una elevación del terreno presencié O’Higgins la salida del *San Martín*, acompañado del *Lautaro*, *Chacabuco* y *Araucano*, tripulados por 1.109 hombres y artillados con 142 cañones, pronunciando ante la comitiva que le acompañaba la frase que la historia ha recogido: “tres barquichuelos despachados por la reina Isabel dieron a España el continente americano; estos 4 barcos que acabamos de preparar, le arrancarán su importante presa”.

La llegada de la *Reina María Isabel* es inminente; los patriotas, como se ha dicho, conocían el derrotero del convoy, las fechas aproximadas de paso por el cabo de Hornos y las costas chilenas donde debían agruparse antes de alcanzar el Perú. Corramos a su encuentro para conocer cómo y en qué circunstancias fue apresada. Existen dos versiones —chilena y española— que no difieren en lo substancial, si bien, cada una arrima el ascua a su sardina. La española, poco extensa, se reduce a narrar “el texto conforme con las piezas del proceso —del que se tratará con cierta amplitud— formado al comandante Capaz”. La exposición de la otra parte —de inmediato se va a conocer— es sensiblemente más larga y en mi opinión, escrita con razonable objetividad. Dice así: «La escuadra salió con viento del S.E. y puso rumbo al oeste hasta perder de vista la costa. Blanco abrió a las once de la mañana el pliego cerrado recibido antes de salir de Valparaíso y se

(143) FUENZALIDA: Opus cit., p. 71.

impuso de las instrucciones en él contenidas. Sin pérdida de tiempo se dirigió a la isla Mocha, a cuya altura debería esperar el convoy español proveniente de cabo de Hornos.

»En la noche del 14 se separó la *Chacabuco*, quedando rezagada y no se reunió a la escuadra sino sólo el 31. El 26 de octubre, a mediodía, la flotilla se hallaba frente a Talcahuano, distante diez o doce leguas (30 a 36 millas) de la isla Quiriquina (144). A esa hora, Blanco destacó el *Araucano* para explorar la boca del puerto y dirigirse enseguida a la isla Santa María, sobre la cuál gobernaron las dos naves restantes, el *San Martín* y la *Lautaro*, recalando en ella anochecido el día siguiente, con sus mástiles exhibiendo largas banderas españolas. Allí estaba fondeada desde hacía diez días la fragata ballenera inglesa *Shakespeare* cuyo capitán expresó a Blanco que la *María Isabel* había pasado el día 22 para Talcahuano, escasa de víveres y con su tripulación enferma, dejando en tierra cinco hombres. Estaba el jefe de la escuadra imponiéndose de tan gratas nuevas, cuando estos cinco tripulantes llegaron en un bote al *San Martín*, a quien tomaron por uno de los buques del convoy y entregaron varios oficios que el comandante Capaz les había encargado para los demás transportes, señalándoles como punto de reunión el puerto de Talcahuano.

»Por estos mismos marineros se supo la llegada a Talcahuano, antes que la *María Isabel*, de cuatro naves de la expedición, quienes habían desembarcado allí la tropa que conducían. De estas noticias podía deducirse que la escuadra había salido de Valparaíso con atraso para interceptar el convoy español frente a la Mocha, su primer punto de reunión y sobre cuyo paralelo llevaba órdenes expresas de cruzar.

»Dice Blanco en su parte: "Hice venir a bordo al comandante del *Lautaro*, le dije mis instrucciones y juntando al comandante del navío, les manifesté mi plan de ataque, que, aprobado por ellos, no pensé más que en ejecutar".

»Con estos importantes datos, el *San Martín* y el *Lautaro* no perdieron instante alguno en dar la vela y partir a Talcahuano, pero la débil brisa reinante en las islas los acompañó sólo hasta la Quiriquina, sobreviniendo calma durante la noche y los buques permanecieron detenidos junto a ella.

»El día 28 alboreó con neblina. Las naves chilenas arrumbaron entonces hacia la boca chica, hasta las ocho, hora en que aparejaron en demanda del puerto. Tres horas más tarde, el *San Martín* y el *Lautaro* pasaban frente a la boca chica y divisaban en el surgidero a la *María Isabel*, que disparó un cañonazo

(144) Sita al lado oeste de la bahía de Talcahuano, a la cual cierra por este costado, se extiende desde cerca del extremo norte de la península de Tombes, hacia el noreste, teniendo 5 kilómetros de largo por 1'5 de anchura máxima y estrechándose en los extremos. Altura máxima: 120 metros; costas altas y recortadas. Terreno bastante quebrado.

mientras izaba una bandera roja al tope del palo mayor. El navío *San Martín* contestó el disparo izando la bandera inglesa. (Estos cañonazos eran de fogeo, sólo como medios de identificación).

»Al mediodía, nuestros buques doblaban la punta septentrional de la Quiriquina y favorecidos por el viento, bracearon al aparejo en dirección al fondeadero, entrando por la boca grande. La *María Isabel* estaba sola.

»Cuando el *San Martín* se hallaba a la cuadra de Punta Arenas, en el extremo sur de la Quiriquina, la *María Isabel* izó el pabellón español y disparó otro cañonazo, contestado por el *San Martín* con otro igual. La fragata española, animada de serias sospechas, no obstante que los barcos que llegaban mostraban la bandera inglesa, disparó entonces un tiro a bala. El *San Martín*, en lugar de contestar, aferró sus juanetes e igual maniobra hizo la *Lautaro*, indicando así sus propósitos de fondear. Minutos después volvió la fragata española a disparar y sus proyectiles pasaron silbando entre la arboladura del *San Martín*. Éste y la *Lautaro* izaron la bandera chilena y sin disparar un tiro pusieron resueltamente rumbo sobre la fragata con la clara intención de abordarla. El comandante de la *María Isabel*, adivinando esta maniobra, descargó toda su batería de estribor sobre el *San Martín* y, considerándose perdido ante su inferioridad en fuerzas, resolvió encallar su buque ante una captura que veía inminente y por ello orientó el foque y sobremesana, cortó sus cables y se fue contra la playa. Su tripulación ocupó inmediatamente los botes para ganar tierra y aún algunos se arrojaron a nado, quedando a bordo una compañía de fusileros que mantuvo un nutrido tiroteo desde el alcázar de popa.

»Blanco ordenó a Wilkinson fondear y romper el fuego, ejecutándose esto con la mayor presteza, dándole a la nave enemiga una descarga en la orzada. Dio asimismo orden a la *Lautaro* de seguir aguas al navío. La fragata española arrió su bandera en señal de rendición. Acto seguido Blanco Encalada envió a dos tenientes de marina, con 50 marineros, a tomar posesión de ella y tratar de desvararla. Hallaron a bordo 60 hombres, un teniente del regimiento Cantabria y cinco pasajeros. Izada la bandera chilena y presos los españoles, se procedió de inmediato a la maniobra de desvarar el buque.

»Por los prisioneros, Blanco supo que el coronel español Sánchez tenía mil hombres veteranos y siete piezas de artillería en Concepción; por ello dispuso el desembarco de 150 soldados de marina y algunos artilleros a cargo del mayor Miller, para ocupar la plaza del puerto y rechazar así la llegada de los cañones de Concepción, que pudieran impedirle sacar la fragata, cuya tarea de desvararla se había tornado lenta por arreciar el viento del norte.

»Desembarcó esta tropa con la orden de retirarse en el caso de ser atacada por fuerzas muy superiores, para lo cual quedaron los botes, a cargo de un oficial de Marina, listos para el reembarco.

»A la media hora de haber saltado a tierra y antes de llegar al portón de la plaza, fueron atacados por una fuerza extremadamente mayor, enviada por el coronel Sánchez desde Concepción, compuesta por parte sustancial por la tropa desembarcada de los transportes llegados antes que la *María Isabel* y que, una vez dejada la tropa en tierra, habían partido oportunamente para el Perú.

»De los soldados venidos de la península, agotados y enfermos por las penalidades sufridas a lo largo de la travesía, Sánchez había seleccionado aquellos más vigorosos cuyas condiciones físicas los hacía más aptos para, reunidos en un número superior a los de Miller, rechazar la pequeña hueste patriota.

»Ésta, por su parte, se batió con un valor singular, sosteniendo el tiroteo con señalada bizarría. Fueron ayudados por la acción de los cañones de proa de la capturada *María Isabel*, pues ni el *San Martín* ni la *Lautaro* podían hacer fuego hacia tierra sin ofenderlos ellos mismos, por hallarse casi en la línea de tiro.

»De este desembarco y el reembarque consecuente, quedó en tierra el mayor Miller, a quien Blanco había enviado, además, en calidad de parlamentario, con la misión de proponer un tratamiento generoso a las fuerzas realistas, si ellas decidían rendirse. Pero las intenciones de Blanco fracasaron y Miller, muy mal recibido por el jefe realista, estuvo a punto de ser pasado por las armas. Gracias a la oportuna llegada de un teniente de Marina, sumado ello a las enérgicas observaciones formuladas a Sánchez por los jefes realistas Loriga y Cabañas, sobre el carácter de inmunidad que correspondía a Miller, éste pudo regresar al buque insignia chileno.

»La noche obligó a suspender el fuego de ambos bandos, mas no los esfuerzos que se hacían a bordo de la apresada fragata para sacarla a flote; el viento norte se hizo más recio, llegándose a perder la esperanza de retirar la nave de la playa. A las doce de la noche comenzó a llover, cesando cerca de las dos de la mañana, junto a la disminución notoria del viento, que a esa hora era ya muy flojo.

»Como podía esperarse otra acción enemiga, destinada a recuperar el buque, Blanco hizo correr al *San Martín* hasta situarlo por la aleta de la *María Isabel*, quedando así en mejor posición para defenderla con su artillería.

»En efecto, con la primera claridad del alba del día 29, la infantería realista inició un tiroteo sobre la cubierta de la nave varada y poco después rompió el fuego la artillería del castillo de San Agustín sobre el *San Martín*.

»Se entabló, en consecuencia, un duelo de artillería entre los de tierra y los buques chilenos, entre ellos la fragata *María Isabel*, aunque de poca importancia. En pleno tiroteo, a las once de la mañana, la marinería de esta fragata, al primer intento logró zafar su presa y dejarla a flote. La sorpresa del enemigo fue tal que cesó su fuego repentinamente e igual cosa se hizo en los buques y unos y otros no hacían más que mirar a la fragata, hasta que un grito estruendoso: ¡Viva la Patria!, estalló simultáneamente en barcos y botes chilenos.



*El vicealmirante Manuel Blanco Encalada. Óleo de A. Kühl, perteneciente a la pinacoteca del Club Naval de Valparaíso (Chile). Primer comandante general de Marina y bajo cuyo mando la Primera Escuadra Nacional capturó, el 28 de octubre de 1818, en la primera salida a la mar, la fragata española *Reina María Isabel*, surta en el puerto de Talcahuano.*

el resto de la expedición realista, la cual, según las instrucciones caídas en manos de Blanco, debía llegar a la isla» (145).

Tras la captura, un exultante Blanco Encalada escribía a un amigo: “La *Reina María Isabel* está en mi poder, es hermosísima y de un andar admirable. En el

»En cuanto se vio flotar a la *María Isabel*, el *San Martín* largó el anclote que tenía sobre tierra y se alejó fuera del alcance efectivo de los cañones adversarios, y con ello el enemigo desistió de disputar la presa que tan audazmente se le arrancaba de sus manos.

»Esta significativa jornada, la rendición de la *María Isabel* y su rescate de la playa de la isla de los Reyes, donde estuvo varada, había costado a los patriotas 27 muertos y 22 heridos.

»Con la mayor celeridad, Wilkinson procedió a amarinar la fragata apresada y a las tres de la tarde, el *San Martín*, la *Lautaro* y la *María Isabel* zarpaban entre el humo de 21 cañonazos de saludo a la bandera tricolor.

»Durante la noche, saliendo de Talcahuano, calmó el viento, hasta ese momento muy favorable.

»Salvado un ligero contratiempo sufrido por el *San Martín*, los buques navegaron rumbo a la isla de Santa María, donde fondearon el 31 de octubre, enarbolando nuevamente la bandera española y apostándose convenientemente para apresar

(145) FUENZALIDA: Opus cit., pp. 91-92 y 93.

mar del Sur no hay buque que ande como ella y con dificultad en el mundo. En fin, es una alhaja". Y con loable modestia y generosa sinceridad, concluía: "Sólo la suerte puede haberla presentado encerrada en el puerto, pues en el mar, no la tomamos jamás" (146).

¿Se dan grandes diferencias entre esta versión y la española de Fernández Duro? Para mí, ambas, son las crónicas de un acontecimiento relatado por dos cronistas –de bandos rivales– sin excesivos apasionamientos. En lo esencial la una y la otra concuerdan y se complementan, salvando lógicos matices.

Doy copia a la versión española: «... doblado el cabo de Hornos, fondeó en la parte sur de la isla de Santa María [la *Reina María Isabel*], donde estaban dos españoles, comisionados por el gobernador de la Concepción, para instruir a los bajeles del convoy que se dirigieran a Talcahuano, donde ya habían fondeado cuatro. Comunicó allí Capaz con el capitán de un ballenero inglés; dejó a los españoles instrucciones cerradas y selladas para los buques que faltaban, y pasó al mencionado puerto, donde fondeó el 24 de octubre. Se había visto en la precisión de poner a su gente a media ración, lo cual contribuyó tal vez al desarrollo del escorbuto de que estaba atacada, tanto la marinería como la tropa, y aun así, al dejar caer el ancla, quedaba a bordo alimento para siete días.

»Intranquilo Capaz al enterarse de la situación indefensa del puerto, teniendo casi toda la tripulación enferma, pidió al gobernador Sánchez víveres y auxilios con que volver a la mar, sin que aquel jefe le complaciera. Sus actos dan a sospechar el deseo de retener a la fragata en aquellas aguas, creyéndola elemento de mayor fuerza de la que realmente tenía.

»El 27 de octubre descubrió el vigía, entre neblina, sobre la isla de Santa María dos buques grandes, que se conceptuaron de los del convoy, y un bergantín que se dirigía hacia el puerto, pareciendo fuese alguno de los de guerra del apostadero del Callao. Al siguiente día, disipada la niebla, aparecieron los dos barcos grandes en demanda del fondeadero, con banderas inglesas. En la *María Isabel* había a la sazón 96 hombres en aptitud de prestar servicio, por lo que el comandante juzgó prudente pedir refuerzos al jefe de la plaza y llamar a la lancha ocupada en la costa en hacer aguada. Tendió en el interín un calabrote y afirmó la bandera disparando cañonazos con bala. Los entrantes contestaron del mismo modo, manteniendo el pabellón de la Gran Bretaña y yendo flechados al bordo.

»No llegando el auxilio de tierra, con ocho cañones que podían servir la gente, rompió el fuego la fragata por breve tiempo; cuando los enemigos estuvieron encima, picó el cable del norte, cazó la sobremesana en facha y se dejó ir hacia tierra, varando, bajo los disparos de ambos bajeles. Capaz mandó arriar la bandera y se fue a tierra con toda la gente que admitía el bote. estaba la marea

(146) Opus cit., p. 94.

baja por suerte de los chilenos asaltantes, que eran el navío *San Martín* y la fragata *Lautaro*; a la creciente consiguieron poner a flote a la *María Isabel* y llevársela como trofeo, de que no poco se envanecieron.

»Los tres buques fondearon en la isla de Santa María, a donde se le unieron la corbeta *Chacabuco* y los bergantines *Galvarino*, *Araucano* e *Intrépido*. Todos arbolaron la bandera española, esperando a los transportes que habían de recalar en aquel sitio, según las instrucciones y pliegos que los chilenos estaban enterados, y dispersos, como fueron llegando, apresaron sin dificultad a las fragatas *Dolores*, *Magdalena*, *Helena*, *Jerezana* y *Carlota*, como que ellas mismas fondearon al costado de la *María Isabel*, obedeciendo a las señales de este buque, su capitana reconocida» (147).

Existe una tercera versión cuyo interés radica en ser obra del principal protagonista –por parte española– del aprisionamiento de la nave: Capaz. Imposible exigirle la misma objetividad que escrito en tercera persona, pero el caso es que sus líneas guardan un notable paralelismo con la versión chilena. Hasta nosotros ha llegado el relato a través de un memorial que la esposa de aquél dirigió al Rey en abril de 1820, cuando el ex comandante de la *Reina María Isabel* continuaba en tierras del virreinato del Perú. Forzosamente, doña Josefa, se limitó a transcribir literalmente el texto que su esposo le había hecho llegar:

«D.^a Josefa Berenguer de Capaz, vecina de ... hago presente: Que mi expresado marido habiendo cumplido el tiempo de la confinación de dos años en uno de los castillos de la plaza de Cádiz, a que V.M. le destinó, con el motivo de ser Diputado por esta provincia en las Cortes ordinarias de 1814, obtuvo de V.M. la gracia de segundo comandante de la fragata *Reyna María Isabel*, que fue destinada al mar Pacífico para escoltar la expedición que debía defender el Reyno de Chile y del Perú. Pero habiendo sido acometido de enfermedad mortal cerca de las Yslas Canarias, el primer comandante capitán de navío Don Manuel del Castillo, recayó con arreglo a ordenanza el mando en mi marido, y V.M. se sirvió aprobarlo, y conferirle la propiedad. La navegación fue una de las más horrosas que se han visto por los fornidables temporales que sufrió a la altura del río de la Plata y cabo de Hornos, el que a costa de infinitos trabajos y penalidades pudo montar en la estación más rigorosa de aquel emisferio. Llegó por fin al mar Pacífico y con arreglo a las órdenes del conde del Abisval, general en Gefe que era del ejército de Ultramar, se dirigió al puerto de Talcahuano, punto designado de reunión para el desembarco de las tropas expedicionarias, ignorando mi marido que estubiese abandonado del ejército que lo defendía, y por consiguiente, entregado a discreción de los Ynsurgentes.

(147) DE LA PEZUELA: Reproducido por Fernández Duro, p. 144.

»El estado en que llegó la fragata *María Isabel* después de un viaje cruel de 5 meses, su evidencia era el más triste, casi sin víveres, escorbutado y enferma la mayor parte de la tripulación, y exánime la poca gente que estaba sana, y pudo libertarse de la muerte; echó en tierra lo que pudo perteneciente a la expedición, mandando un comisionado a la Concepción de Chile, que ocupaba momentáneamente la división del coronel comandante Sánchez, de quien no recibí mi marido instrucciones del estado de fuerzas marítimas que tenían los ynsurgentes, ni los auxilios de víveres que necesitaban aquella crítica situación.

»En tal incertidumbre e ignorancia, a los dos días de estar fondeada la *María Isabel* en Talcaguano, se presentaron a atacarla un navío de 64 cañones y una fragata de 46, ambos ynsurgentes, y no obstante la desigualdad de fuerzas y corto número de gente disponible, se batió dos horas mi marido, baró la fragata, y la hubiera incendiado si los sentimientos de humanidad no se lo resistieran por razones de más de setenta enfermos que tenía a bordo, que no podía salvar en aquellos momentos de premura.

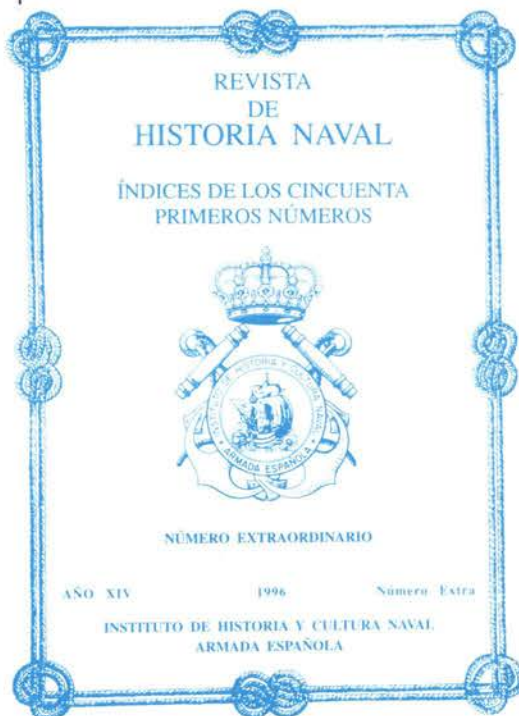
»No obstante los más de los sanos a costa de muchos peligros y entre la metralla y fuego de los insurgentes, pudieron ampararse de la orilla, siendo uno de ellos mi marido, después de haver agotado todos los recursos del arte y de las débiles fuerzas que tenía, defendiendo hasta el último período el honor del pabellón. Apenas pisó la tierra quando el referido comandante Sánchez con su división abandonó la provincia de la Concepción a los ynsurgentes; y en esta situación quedó mi marido aislado con los individuos que se salvaron, para emprender la marcha a un punto de seguridad ...» (148).

La *Reina María Isabel* dejaba de pertenecer a la Marina española para capitanear la chilena, con otros nombres y objetivos. Durante varios años sus intervenciones y logros –tratados aquí– ocuparán líneas en los libros de la común historia hispano-chilena.

(148) DAMIÁN ISERN: Reproducido por Fernández Duro en p. 186.

ÍNDICES

DE LA REVISTA DE HISTORIA NAVAL



Están a la venta los ÍNDICES de los cincuenta primeros números de la REVISTA DE HISTORIA NAVAL, cuyo contenido es el que sigue:

- Introducción (estudio histórico y estadístico).
- Currículos de autores.
- Índices de los números 1 al 50.
- Artículos clasificados por orden alfabético.
- Índice de materias.
- Índice de la sección *La Historia Marítima en el mundo*.
- Índice de la sección *Recensiones*.
- Índice de ilustraciones.

Un volumen extraordinario de 296 páginas, del mismo formato que la REVISTA, **se vende** al precio de **1.000 pesetas** (IVA incluido) más gastos de envío si se pide por correo.

Se puede adquirir en los siguientes puntos de venta:

Instituto de Historia y Cultura Naval.

Juan de Mena, 1, 1.º. 28071 MADRID. Fax: 91 379 59 45.

Servicio de Publicaciones de la Armada.

Montalbán, 2. 28071 MADRID. Fax: 91 379 50 41.

Museo Naval

Juan de Mena, 1. 28071 MADRID. Fax: 91 379 50 56. Venta directa.

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL